

los robespierristas. Sabían éstos que los dos grandes arrabales se armaban y ponían en movimiento, y nada hicieron para evitar que se los llevaran los emisarios del Comité de Salvación pública, engañándoles, por cierto, con que el Consejo general aspiraba á restablecer la monarquía. ¡Qué hermosa enseñanza se cosecha aquí, de que no debemos, en interés propio, usar de malas artes en las luchas con nuestros semejantes! Así como Robespierre había promovido el odio contra los girondinos asegurando haber encontrado en un campo de batalla espadas adornadas con flores de lis, así el Comité, usando de la misma perfidia, participó á los seccionarios de los arrabales que acababa de coger en la casa de la Villa un sello nuevecito, adornado con una flor de lis. Bastó esto para que ninguno de aquellos descamisados dudase de que Robespierre era un agente realista, y lo dudaron menos cuando se les añadió, que la Municipalidad había intentado apoderarse del Temple y libertar á Luis XVII. Cumpliése aquí el adagio: «quien á traición mata á traición muere». Mientras tanto, el Comité de Salvación pública seguía desplegando una asombrosa actividad legislativa, y sus decretos, cuyo contenido se divulgaba y cuyos más importantes eran llevados á las asambleas generales de las secciones, inclinaban más y más el sentimiento público á favor de la Convención. La lucha se extendía y regulaba. «En cada rincón de calle asomaba la torva faz de la guerra civil. A derecha, un grupo de ciudadanos armados, que gritaban: ¡Viva la Municipalidad! ¡Abajo la Convención! A izquierda, otro grupo igualmente armado, cuyo grito era: ¡Viva la Convención! ¡Abajo la Municipalidad!». Poco á poco, la ciudad se fué dividiendo en dos campos, agrupándose en un solo cuerpo los partidarios de cada una de las parcialidades, como acontece cuando se acerca el momento de una batalla. La parte occidental, hasta Pont Neuf, era de la Convención; la parte oriental y septentrional, desde la plaza de Grève, pertenecía á los partidarios de Robespierre y de la Municipalidad. Pronto se echó de ver que la ola invasora venía ahora del occidente. Los ciudadanos de las tribunas de los jacobinos anuncian que treinta ó cuarenta secciones está por la Convención; los gendarmes desertan de la bandera convencional; Louvet, jefe de brigada, se presenta á recibir órdenes del Comité, y éste le ordena retirar los cañones de la plaza de Grève, donde los agitadores van desmayando visiblemente, al punto de que Dulac pudo ir á leer en ella, sin peligro, los bandos de la Convención, lo que fué de gran efecto. Contando con la energía de la población revolucionaria, Payán, después de haber leído en alta voz y con acento burlón el decreto que ponía fuera de la ley á la Municipalidad, añadió de su cosecha: «y los ciudadanos que están en las tribunas». Esperaba con esta coleta exasperar á los presentes, y lo que hizo fué espantarlos, en términos de lanzarse todos atropelladamente á la calle y de la calle á sus casas, lo que contribuyó á desalentar aún más á los seccionarios y cañoneros, muchos de los cuales se fueron también á sus casas, y los mismos cañoneros de *Mucins Scevola*, los más firmes hasta entonces, se aburrieron y acabaron por retirarse. En este instante, Harriot

sale de la Casa capitular, y viendo la plaza limpia, empieza á echar votos y restos, asombrado de que aquellos cañoneros que acababan de salvarle no le hubiesen permanecido fieles. Pero aquí paró; no se le ocurrió tomar ninguna medida ni ofensiva ni defensiva.

Muy de otro modo procedía la Convención, gracias á una feliz ocurrencia de Barrás. Muy al corriente este diputado de lo que pasaba en el campo enemigo, y sabedor de que los seis mil hombres de los cuarteles de los Arcis y de los Lombardos estaban prontos á salir y cercar la Casa capitular, inventó y divulgó para obligar á la Convención á tomar la ofensiva, la especie de que el Consejo general se preparaba á atacarla en el plazo de dos horas, añadiendo á voz en grito: «¡Tomémosle la delantera!» El ardid hizo fortuna. A la una de la mañana, dos columnas de soldados y de guardias nacionales, acaudilladas, la una por Barrás y Freron, la otra por el diputado Leonardo Bourdon, amigo que había sido de Chaumette, marchaban hacia el cuartel general de los insurrectos, Barrás por los malecones, para entrar de frente en la plaza de Grève; Bourdon, por la calle Saint Honoré, para tomar la Casa capitular por detrás. Las baterías rodaban á la cabeza de las secciones, y los cañoneros iban con la mecha encendida. La columna de Bourdon se componía mayormente de los guardias nacionales de los Gravilliers y de los Arcis, precisamente las dos secciones más ultra-revolucionarias de París, en las que había gozado de gran popularidad Chaumette y algunos de cuyos individuos dejaban atrás á este innovador, profesando ideas de reparto y de comunismo. Maximiliano había perseguido rudamente á los propagadores de estas doctrinas y llevado al cadalso al más conocido de ellos, el sacerdote Jacobo Roux, y para vengar los manes de Baux y de Chaumette, los amigos de éstos arrastraban ahora sus secciones contra Robespierre. Cuando las columnas desembocaron en la plaza de Grève, los cañoneros que allí había se pronunciaron por la Convención, volviendo sus baterías contra los insurrectos, y unos veinte cañones que la defendían por la parte del Arco de San Juan, se dejaron cercar sin resistencia. La casa de la Villa quedó bloqueada.

¿Qué pasará dentro de esa casa? Acababa de llegar una nueva diputación de los jacobinos; unos cuarenta individuos del Consejo general estaban en sesión; las escaleras y corredores llenos de vigilantes y curiosos. En una habitación inmediata al salón de sesiones, se hallaban los jefes, con Robespierre á la cabeza, tranquilos, en ayunas de lo que pasaba y creyendo que no habría en toda la noche el menor movimiento ofensivo por parte de la Convención. Por la suya pensaban obrar cuando amaneciese, y por esto no les causó la menor extrañeza el que se retirasen de la plaza sus parciales, que naturalmente necesitaban dormir para volver por la mañana con nuevos bríos á la pelea. Quizás se disponía Maximiliano á firmar el manifiesto á las secciones, del que hemos hecho mención arriba. ¿Qué sucedió entonces? No sabemos nada. De todos los misteriosos incidentes que

CAPILLA ALFONSO XIII

componen la historia de la revolución de Thermidor, el desenlace final, el relato de la derrota, captura, heridas ó muerte de los Robespieristas, ha quedado envuelto en tenebrosa oscuridad. Cada historiador, cada contemporáneo, lo cuenta á su manera. Las afirmaciones de los principales testigos son completamente contradictorias. De todas las versiones, nos parece menos inverosímil la del gendarme Meda, joven de diez y nueve años, resuelto y bravo, que marchaba á la cabeza de la columna de Leonardo Bourdon. Este Meda fué el primero que, por la tarde, se había rebelado contra Hanriot poniéndole la mano al cuello, y comprendiendo que si Robespierre triunfaba irremisiblemente iría á la guillotina, se decidió á un atrevido golpe de mano. Seguido de unos cuantos granaderos de la guardia nacional, entró en la Casa capitular, al amparo de la confusión que en ella reinaba; avanzó paulatinamente por entre la tumultuosa y conturbada muchedumbre de los robspieristas, haciéndose pasar por un ordenanza de su partido, y así fué corriendo de salón en salón hasta llegar á la habitación de Robespierre y sus amigos donde sacó una pistola y disparó. Maximiliano cayó al suelo, destrozada la mandíbula por la bala. Los granaderos que seguían al gendarme acudieron al punto; mas no hubo lucha ni resistencia, todo fué pánico y consternación. La mayor parte de los insurrectos pusieron pies en polvorosa, y fueron á caer en manos de las tropas que rodeaban el edificio. Lebas se saltó la tapa de los sesos; Agustín Robespierre se arrojó por una ventana hiriéndose gravemente é hiriendo á dos ciudadanos; Hanriot, el fanfarrón de Hanriot, no se arrojó, pero fué lanzado por Coffinhal, que le cogió por la cintura y levantó gritando: «¡Cobarde, tú eres el que nos has perdido!»; Saint-Just y Couthon se dejaron prender sin decir esta boca es mía.

A las dos de la mañana, todo había concluido. Maximiliano fué transportado al salón de sesiones del Comité de Salvación pública y acomodado sobre una mesa cubierta de un tapete verde, dándole por almohada una vieja caja, que contenía muestras de pan de munición enmohecido. A juzgar por las contracciones musculares, debía sufrir horriblemente. Al fondo físico se juntaba el moral. La osadía y crueldad que había desarrollado en los descamisados, empleábanse ahora contra él, siendo escarnecido con burlas que giraban sobre las dos ideas que más habían impresionado á la imbecil muchedumbre «¡Su Majestad!» «¡Tu Sér supremo!» «¡Cuán tornadizo es el afecto de los ignorantes! En las cárceles, los alcaldes, que Maximiliano había elevado á importantes personajes, daban puntapiés á sus perros llamándolos Robespierre; los seccionarios con los que había contado para triunfar, arrastraban su retrato por el arroyo, y en aquel Comité de Salvación pública, donde había mandado como señor y dueño y desde donde había gobernado la Francia y la Revolución, los cañoneros, que ayer eran sus genizaros, le insultaban con los groseros y crueles conceptos que había sugerido el Terror.—«Pronto vas á sacar la cabeza por la pequeña ventana», decíanle al verle buscar un punto de apoyo para su

mandíbula colgante. No reparaban aquellos imbeciles en el profundo trastorno que le había causado lo repentino de su caída, descubriéndose en sus miradas, en sus gestos, en su actividad, por testimonio de los contemporáneos, algo de feroz y como de salvaje. A las cinco de la tarde se le curó, sujetándole la mandíbula con una venda y cubriéndole la cabeza con un lienzo.—«¡Mira, mira, dijo uno de los descamisados, le ponen la diadema á su majestad!»—«No, respondió el interpelado, se le toca como una monja». Ni los crueles dolores que le produjera la herida, ni las injurias y burlas de los que la víspera le besaban los pies, fueron parte á quebrantar la entereza de Robespierre, que no exhaló una sola queja. Del Comité de Salvación pública le trasladaron, con sus compañeros, á la Conserjería, donde se le alojó en el mismo cuarto que habían ocupado Hebert, Chaumette y Dantón. Como hiciera señas á un portero de que deseaba escribir, le contestó éste:—«Pides papel, pluma y tintero, ¿para qué?, para escribir al Sér supremo?» Al día siguiente, diez Thermidor, Robespierre y los suyos comparecieron á su vez ante aquel tribunal de la sangre al que habían enviado á todos los jefes de los partidos, á notables generales y á sabios eminentes, y con ellos comparecía el presidente del Tribunal, Dumas, delante de sus colegas de la víspera y delante de Fouquier-Tinville, que seguía en su puesto y que requirió ahora contra Maximiliano como había requerido antes contra Vergniaud, contra Antonieta y contra Dantón. Como todos los acusados estaban fuera de la ley, sólo se trataba de comprobar su identidad. Cuando, á las cuatro de la tarde, fueron reconducidos á la Conserjería, los presos se precipitaron para contemplar á sus verdugos; fijándose las miradas de todos especialmente en Robespierre, que iba delante, y como obstruyesen el paso gritó el carcelero: «Despejad, paso al Incorruptible». Las carretas estaban esperando. Habíase vuelto á levantar el cadalso en la plaza de la Revolución, para que pereziesen los tiranos allí donde habían perecido sus nobles é innumerables víctimas. La concurrencia era inmensa. En todo el espacio que había de recorrer el cortejo, las calles, las ventanas, hasta los tejados, veíanse llenos de apiñadas multitudes, en las que se observaba á primera vista la presencia de una nueva clase, del mundo elegante, que jamás había concurrido á estos repugnantes espectáculos. «A las furias de la guillotina» se mezclaba una nueva especie de insultadores. La alegría del público rayaba en delirio: los hombres aplaudían, las mujeres agitaban los pañuelos, mezclándose al regocijo que estallaba después de una compresión tan larga y tan dura, las risueñas esperanzas de la contrarrevolución.

Las carretas avanzaban pausadamente, precedidas y seguidas de numerosos y compactos grupos. Con su traje de seda azul, el mismo que luciera en la fiesta del Sér supremo, y desfigurada la cabeza con los ensangrentados paños que la envolvían, iba Robespierre con los ojos casi cerrados y descompuestas las facciones por el sufrimiento. «Saint-Just, dice Hamel, de pie, descubierta la cabeza, miraba con ojo estoico aquel inmundo